



EDITORIAL TROTTA • LIBERTY FUND

Alexis de
Tocqueville
*La democracia
en América*

edición crítica y traducción de Eduardo Nolla

LA editorial Trotta, en coedición con Liberty Fund, ha publicado en un único tomo *La democracia en América* de Alexis de Tocqueville. Esta edición castellana del texto a cargo de Eduardo Nolla —que es editor y traductor de la edición en castellano, y que la ha editado en paralelo para Liberty Fund, con una traducción del francés al inglés de James T. Schleifer— aspira a ser la edición definitiva de la obra por su magnitud y concreción. Junto a los dos tomos de la inmensa *Democracia* publicados entre 1835 y 1840, la edición de Trotta y Liberty Fund está complementada por cientos de notas que guían al lector a través de la génesis de la obra, sin olvidar la incorporación de textos relacionados con el libro que resultan productos del viaje americano de Tocqueville, como son: ‘Viaje por el lago Oneida’, ‘Quince días por el desierto’, ‘Las sectas en América’, ‘La actividad política en América’ o la ‘Carta de Alexis de Tocqueville a Charles Stoffels’. Con mucho acierto, Nolla no ha olvidado incluir en su apéndice el texto que más posibilidades abre al lector a la hora de interpretar a Tocqueville: la ‘Advertencia a la duodécima edición’ de *La democracia en América*.

La ‘Advertencia a la duodécima edición’ es importante porque el año en que esta edición —la duodécima— salió a la luz fue 1848, uno de los años más convulsos del siglo XIX en Francia, y uno de los años clave para observar la forma en que se posicionan pensadores de la talla de Tocqueville en un proceso político que continuamente anda desdibujando las formas y los contenidos alcanzados en

la política francesa del siglo XIX. La edición de 1848 es más relevante aún si cabe que la de 1835-1840 —Nolla nos advierte en la introducción que el primer tomo de *La democracia en América* fue un éxito en Francia— no en un sentido editorial, sino moral y filosófico. En 1840 Tocqueville ocupaba un hueco en la política como diputado de Valognes, en 1848, el hecho de que Luis Felipe de Orleans cayera por la fuerza de la revolución le dio la oportunidad de buscar un sentido completo a su escritura, es decir, una posición que pudiera ser adoptada por Francia dados los acontecimientos. El carácter de “advertencia” postulado en este prólogo, transforma el pleno sentido de la obra. Si en la primera edición de los dos tomos de *La democracia en América* fue el primero el más exitoso, es más que probable que al lector contemporáneo encuentre el segundo, al menos, más interesante. A propósito de la edición de 1848, Tocqueville señala: “Se le debe permitir igualmente añadir que las circunstancias actuales conceden a su libro un interés de actualidad y una utilidad práctica que no tenían cuando apareció por primera vez”. La “actualidad” y la “utilidad” de *La democracia en América* habrían residido, sin duda, en el intento de consolidar una escritura profética. Si la escritura tocquevilliana fue, o debía ser profética, el sentido de la lectura de un libro que no aspiraba a ser un puente entre Europa y América, reside en la idea de que la obra era un continuo diálogo entre dos épocas, por una parte, el Antiguo Régimen, y por otra, la nueva época revolucionaria: “he querido encontrar en ella —dice Tocqueville en la introducción a la

ALEXIS DE TOCQUEVILLE, *La democracia en América*, edición crítica y traducción de Eduardo Nolla, Trotta & Liberty Fund, Madrid, 2010, 1357 pp. ISBN 978-84-9879-122-8.



obra, y en referencia a los Estados Unidos— enseñanzas que podamos aprovechar... Confieso que en América he visto más que América. Busqué en ella una imagen de la democracia, de sus tendencias de su carácter, de sus prejuicios, de sus pasiones. He querido conocerla aunque sólo fuera para saber, al menos, lo que debemos esperar o temer de ella...este libro —la frase más significativa— no se pone al servicio de nadie”.

La idea de que *La democracia en América* constituye un diálogo entre dos épocas es la que se impone, en 1848, a la idea de que Tocqueville buscara inspiración en Estados Unidos y la democracia Jacksoniana para una futura aplicación de su forma política en Francia. Desde un punto de vista Tocquevilliano, no podríamos decir que Estados Unidos representaba la novedad —idea que reconocería hasta una de las figuras inglesas más conservadoras como es Edmund Burke—, esto es, el éxito rotundo de la revolución y el republicanismo. En la ‘Advertencia a la duodécima edición’ es importante el detalle expresado por Tocqueville que se refiere a que “la única preocupación que le impulsaba a escribir era el advenimiento de la democracia en el mundo”, y advertía al lector de que en sus páginas, en las páginas de *La democracia en América*, podría encontrar una “advertencia solemne, en que se recuerda que la sociedad cambia de forma, y la humanidad de condición, y que se nos abren nuevos destinos”. La fe que Tocqueville le profesaba a América era reticente hasta el punto de que el lector podría interpretarla como un gesto de resignación. *La democracia en América* era un libro de advertencia al europeo y no de adulación al americano, por la fría postura que estaba llamado a mantener ante la materialización más radical y absoluta de la época de la democracia: “La democracia — diría Tocqueville en referencia a la federación— es la mejor forma de evitar la revolución”.

¿De qué podría advertir en 1848 Tocqueville a los franceses en un libro sobre América? ¿qué sentido tenía que *La democracia en América* para un país que había derrocado el Antiguo Régimen, se había convertido en república, había vuelto a instaurar la monarquía, y en 1848 había vuelto a revelarse contra la monarquía? En 1848 América podría haber sido la aspiración de los revolucionarios por el progreso tan exitoso que había tenido la república, pero América, según parece, no era un modelo a seguir para Francia desde el punto de vista Tocquevilliano. América, por ser un país en el que “el principio de la soberanía del pueblo...está en práctica de la manera más directa, ilimitada y absoluta” sirvió a Tocqueville para postular su teoría de la llegada de la época de la igualdad y la democracia. La idea que refleja *La democracia en América*, como obra, trata de reconstruir la vida americana, pero como el propio Tocqueville reconoce en la ‘Advertencia’ al segundo volumen de la obra, este objetivo queda superado por la reflexión sobre la evolución de la igualdad y el progreso en el mundo —en una nota al pie a la ‘Advertencia’ al segundo volumen de la obra, hay una anotación que esclarece esta cuestión y que puede ser muy útil al lector que no vea clara la labor de Tocqueville, la nota dice: “Mi tema principal no es América, sino la influencia de la democracia en América”. De alguna forma, Tocqueville propone una filosofía de la historia cuyas consecuencias se acercan más a la tradición del romanticismo político francés en la línea de De Maistre y Chateaubriand. Lo que Tocqueville no estuvo dispuesto a aceptar era que el diálogo entre los dos continentes —el diálogo entre Francia y Estados Unidos— significara el diálogo entre dos épocas. Lo importante de esta influencia se encuentra en que el diálogo entre antiguos y modernos, entre las dos épocas mencionadas, no era un diálogo sobre la libertad en la medida en que era un diálogo sobre la igualdad. Puesto que era un “hecho providencial” que los hombres no podían controlar la llegada de la democracia, Tocqueville eliminó de la naturaleza de los acontecimientos la excepcionalidad de la revolución otorgando una importancia indudable a algunos



aspectos de la antigua aristocracia. Eliminando la excepcionalidad de la revolución, y esto es lo que puede parecer más importante, eliminaba la responsabilidad de los americanos, como hombres, a hacerse cargo de su propio destino. Que el mundo sustente una tendencia a conducir a la humanidad a la igualdad, no es sinónimo de que la democracia sea el modelo más efectivo de organización política, ni de que Tocqueville sea partidario de ese avance, o de que ese avance signifique una mejora. Las palabras de Tocqueville no muestran el entusiasmo que Kant vio como una condición de posibilidad del avance de la humanidad hacia lo mejor. La tendencia hacia la igualdad no significa una mejora porque conduzca a la democracia, sino porque reafirma o alcanza los logros que el Antiguo régimen representaba: “El proceso nivelador proviene ya de la monarquía”. Esta idea también restaría valor al hecho revolucionario en sí mismo (Benjamin Constant, que a mi modo de ver es oficialmente la figura liberal de Francia más pragmática y efectiva, postuló cambios en la naturaleza de la monarquía porque reconoció en ella la utilidad de contener el poder de los representantes del pueblo).

En este sentido, el advenimiento de la igualdad defendido por Tocqueville —sobre todo en el segundo tomo de *La democracia en América*, el cual tuvo menos éxito que el primero en su primera edición porque era más abstracto, ya que trata la idea de democracia en relación con los diferentes aspectos de la vida en sociedad de los ciudadanos de Estados Unidos— ignora, tal vez involuntariamente, la idea de un origen democrático. Su obra es un estudio experimental que acaba en la generalización. El movimiento de la igualdad y la democracia se interpone a los hombres antes de reconocerlos hombres como responsables de ese descubrimiento. En lugar de mirar al pasado europeo para otorgar una base política a Francia, tal y como hizo Montesquieu con la intención de escribir su *Espíritu de las leyes*, Tocqueville presupone el hado: “¿Hacia dónde vamos? Nadie sabría decirlo porque nos faltan ya los términos de la comparación”. Se podría considerar que Tocqueville no encuentra oportuno el diálogo entre Francia y América porque América constituía el ejemplo del temor de la democracia llegada al gobierno: “Me parece que los pueblos cristianos ofrecen hoy un espectáculo aterrador. El movimiento que los arrastra es ya tan fuerte que no puede ser reprimido y no es todavía lo suficientemente rápido como para poder ser dirigido. Su suerte está en su manos, pero pronto se les escapará”. Sin duda, el espectáculo aterrador representa el pasado, el presente y el futuro de la democracia. “En todas partes —dice Tocqueville en la introducción a *La democracia en América*— se ha visto a los distintos avatares de la vida de los pueblos volverse a favor de la democracia. Todos los hombres la han ayudado con sus esfuerzos, los que quería contribuir a su éxito y los que no pensaban servirla, los que combatían por ella y hasta aquellos mismos que se declaraban amigos suyos. Todos han empujado juntos y confusamente por la misma vía y todos han trabajado en común, algunos a pesar suyo y otros sin advertirlo, como ciegos instrumentos en las manos de Dios”. Se ha de resaltar la opinión que Eduardo Nolla muestra al lector en la introducción: “Tocqueville no es un fatalista”. En cierto modo, esta actitud es comprensible si consideramos a Tocqueville como una clase muy particular de sociólogo, historiador, analista, pero no como un filósofo —es difícil encontrar un filósofo francés o Americano de la época que no lance argumentaciones sobre cómo han de acabar las cosas en el terreno histórico. En este sentido, Tocqueville estaría más cerca de un politólogo, su escritura es lo suficientemente fría como para mostrar una postura concreta, y de ahí la dificultad de la interpretación. Sería útil resaltar que Karl Marx, en su obra *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (1851-1852) lo denomina “reportero” —un informante—, y el lector que se acerque a las páginas de *La democracia en América* no lo consi-



derará un filósofo, o al menos un filósofo ilustrado, o un teórico del derecho natural afín a la filosofía. A propósito de la Revolución de 1848 Tocqueville no había dejado claro su posición política, pero sí había dicho que la democracia no era lo contrario al despotismo: “no soy un adversario de la democracia, he querido ser sincero con ella”. La sinceridad de Tocqueville, en cierto modo, no hace justicia al esfuerzo que supuso la lucha revolucionaria por la independencia norteamericana ni los esfuerzos del pueblo francés por conseguir mejores condiciones de vida (sin olvidar que a pesar de que Tocqueville se opuso a la revolución de 1848 y sus exigencias, la regulación legal del sufragio universal multiplicó su apoyo popular, cuestión que lo acabaría llevando a formar parte del grupo de redactores de la II República).

Según Henry Adams —historiador de los Estados Unidos y autor de *Democracia*, entre otras novelas—, uno de los logros de la administración de Jefferson y de los Estados Unidos como país lo constituyó el hecho de que “estimuló el genio democrático”. Estimular el genio democrático pasaba por el hecho de mostrar un rechazo deliberado hacia el pasado, en la medida en que el pasado, es decir, la historia, no había sido testigo de ningún cambio en lo referente a la política. El genio democrático que Jefferson alentó se correspondía con la idea de que la historia no era testigo de la política, pero la política debía de convertir a la historia en testigo de lo que significaba el cambio político. En este sentido, Jefferson cargaba de una responsabilidad inmanente a los hombres americanos. Pero la responsabilidad procurada por el compromiso con la nación era para Tocqueville algo muy difícil de llevar a cabo en los Estados Unidos. Los hombres que vivían en “tiempos de igualdad” tendían a perder las expectativas del propio destino de la nación, en la medida en que “cada uno —dice Tocqueville— se encierra en sí mismo y pretende juzgar el mundo desde allí”. Esta era la consecuencia de la actitud de un país “práctico” que no atendía a “métodos filosóficos”. Tocqueville esboza la idea de la llegada de la época de la igualdad, como la llegada de la época de la mediocridad. En una carta del 21 de abril de 1830 —editada, como se ha dicho al comienzo, por Eduardo Nolla en el mismo tomo— Tocqueville diría a su amigo Charles Stoffels: “Dudo que el estado avanzado de civilización sea tan superior al estado medio como se pregona, incluso cuando su recorrido ha estado bien dirigido”.

Tocqueville no veía en Estados Unidos un invento propio del genio democrático. Thomas Paine fue una de las figuras intelectuales que pensó que, para los Estados Unidos, el único modelo a seguir era el modelo de la creación. El objetivo al que todos los filósofos y políticos inspiradores y actores de la política norteamericana aspiraban, con Jefferson a la cabeza, era alcanzar el modelo de republicanismo que dejara un lugar al autogobierno del hombre y a la responsabilidad. Para ello era necesaria la igualdad absoluta que Paine predicaba. Sin embargo, Tocqueville observó en este modelo de igualdad un buen refugio para la enajenación colectiva propicia para disparar un peligroso individualismo: “Cuando el hombre que vive en los países democráticos se compara individualmente con todos los que le rodean, siente con orgullo que es igual a cada uno de ellos, pero cuando pasa a examinar el conjunto de sus semejantes y a situarse al lado de ese gran cuerpo, su propia insignificancia y debilidad le abruma enseguida”. El problema de la igualdad social residía en la incesante separación del conjunto de los individuos que lleva consigo, en tanto que se pierde la “grandeza” de las ideas de ciertos estratos sociales que en otros tiempos les otorgaban. Esta es la razón de que, para Tocqueville, “los hombres que viven en estado de igualdad son difícilmente conducidos a situar la autoridad intelectual que supere la inteligencia”. El problema de la autoridad, por tanto, no estaría tanto en reconocer la constitución americana, consecuencia del consenso social, sino en mantener la confianza de los ciudadanos en los principios ele-



gidos por los gobernantes para dirigir la nación, creando nuevas capas sociales que pudieran manejar, mediante ideas perspicaces, el conjunto de las relaciones sociales de los individuos que conformaran una sociedad. La pregunta que se hace Tocqueville a lo largo de toda *La democracia en América* podríamos resumirla en la siguiente ¿Cómo completar el vacío espiritual que dejan el desplazamiento de las clases superiores hacia las clases inferiores? Tocqueville añora, sin duda, la diligencia de la aristocracia.

La respuesta podría estar en proponer *La democracia en América* y su ‘Advertencia’ a 1848, la advertencia de que “Desde hace más de sesenta años ese principio de la soberanía del pueblo entronizado tan recientemente por nosotros, reina allí sin discusión, y se ha puesto en práctica de la manera más directa, más ilimitada y más absoluta”, como un libro sobre Europa y no sobre América. La ‘Advertencia’ de 1848 sólo era un nexo a través del cual se unía *La democracia en América* y un libro que ya estaba escribiendo por la época, que se publicó en el año 1856, como es *El Antiguo Régimen y la Revolución*. La idea general era que lo que en 1835 había visto en América, era lo que en 1848 llegaría en forma revolución popular y como el advenimiento de un nuevo intento democrático. Lo más importante, tal vez, llegaría a ser el hecho de que Tocqueville no mostrara simpatías hacia lo ocurrido y convirtiera su escritura en una escritura previsor, o contrarrevolucionaria, o, por decirlo de otra manera, antidemocrática, como un dique ante el advenimiento de la igualdad sobre la que él mismo teorizaba.

José María Jiménez Caballero